

DOS ODAS PATRIÓTICAS EN EL UNIVERSO DE BORGES



Alicia Chibán

(...) cantó a su patria, construyéndola con palabras, y logró con esa afirmación borrarse, poco a poco, hasta ser sólo una escritura, plural e inagotable, que aún no hemos descifrado del todo.

Juan Gustavo Cobo Borda

La complejidad del universo literario de Borges ha generado un también vasto y heterogéneo corpus crítico en el que caben tanto las lecturas de la “irrealidad” como aquellas otras interesadas en detectar las referencias históricas que los textos insertan abierta o cifradamente.¹

Los poemas que nos ocuparán pertenecen a aquellos que decididamente se abren a la historia, a los contextos políticos más o menos cercanos y al sentir de la patria.

Ya sus títulos entregan la cifra (en los dos sentidos, de número y de clave) de un año; ello no es infrecuente en Borges aunque hay que destacar que no siempre -como en estos casos- la fecha indica el tiempo de la enunciación, anclaje que permite contextualizarlos y a la vez asistir al diálogo que el yo lírico entabla con el pasado histórico.

¹ En éste, como en tantos otros aspectos, el decir borgesiano se sitúa en un espacio de cruces, de frontera, para desafiar -corrigiendo o anulando- sus líneas divisorias, lo cual ha sido suficientemente estudiado por la crítica.

Se trata de “Oda compuesta en 1960” (*El hacedor*, OC 2: 212), publicada primeramente en *La Nación*, el 22 de mayo de 1960 y “Oda escrita en 1966”, que apareció en *La Nación* el 9 de julio de 1966² y después fuera incluida en *El otro, el mismo* (OC 2: 316).

Puntualmente los poemas se ubican en la década sesentista, que historiadores como José Luis Romero y David Rock estudian bajo los rótulos sintetizadores de “La República en crisis” o “Una nación en punto muerto”. Claro está que dicho lapso entraña vaivenes y que los textos remiten a dos instancias muy diferentes de la vida política argentina: la primera se escribe en el tramo ya crítico del gobierno radical de Frondizi, cuando el acoso sindical, el fortalecimiento del neoperonismo y el recelo de los militares ante el creciente entusiasmo suscitado por la revolución cubana, lo encaminaron hacia la destitución que tuvo lugar dos años más tarde.

La oda de 1966 está fechada tan sólo unos días después del golpe de estado que, derrocando a Illia, de la Unión Cívica Radical del Pueblo, llevó al poder al General Onganía. Así caracteriza José Luis Romero, los primeros pasos de su gestión:

Pronto se hizo sentir el carácter autoritario del gobierno: un Estatuto de la Revolución condicionó la vigencia de la Constitución, se suspendieron actividades políticas, se ejerció una severa tutela sobre periódicos y libros y, en el episodio más criticado de su gobierno se acabó (...) con la autonomía de las universidades. (177-178)

Teniendo en cuenta que dentro de la sinuosa trayectoria de la ideología borgesiana,³ los años 60 ya están muy próximos a su afiliación al partido conservador, pero también a la luz de ciertas constantes de sus convicciones políticas, quizás podríamos arriesgar que la primera de las odas fue gestada desde la conciencia de una situación de crisis y desvíos; en 1966, por el contrario, un estado pasional

² El título originario de “Oda compuesta en 1960”, es “A la Patria en 1960”. Debemos a Gloria Videla de Rivero la imprescindible información sobre las primeras publicaciones de las odas. Remitimos a su profundizador trabajo de 1999, sobre estos textos.

³ Nada expresa mejor lo que pensamos acerca de estas evoluciones políticas de Borges que lo que él mismo dijera acerca de Lugones: “Pensemos en Lugones: fue anarquista, socialista, democrático, fascista y siguió siendo Lugones y escribiendo bien” (*Entrevista* 18).

eufórico ante las perspectiva de un nuevo “orden”, sería el motor del poema.

Pero sobreponiéndose a estas circunstancias y coincidentemente, ambas odas se escriben en los sesquicentenarios de fechas claves en la historia argentina -1810 y 1816- las que marcan el tiempo inaugural de la vida independiente y del surgimiento de la nación. Ello nos lleva a indagar en qué medida se insertan en las tradiciones y retóricas patrióticas, o bien de qué modo las rebasan o modifican.

EL PATRIOTISMO, EL NACIONALISMO Y BORGES

Son abundantes los ejemplos de las prevenciones -o aún de los decididos rechazos- que provocan en Borges las asunciones “ingenuas” de la postura patriótica: por una parte, en reiteradas ocasiones -tanto en sus poesías como fuera de ellas-, se ha manifestado contrario al nacionalismo estrecho, desde un posicionamiento de “ciudadano del mundo” que postula como utopía deseable “el olvido de sangres y de naciones, la solidaridad del género humano” (OC 2: 134). Es la concepción que poetiza, por ejemplo, cuando escribe, en ocasión de la guerra de Malvinas, “Juan López y John Ward” (OC 3: 496):

Les tocó en suerte una época extraña.

El planeta había sido parcelado en distintos países, cada uno provisto de lealtades, de queridas memorias, de un pasado sin duda heroico, de derechos, de agravios, de una mitología peculiar, de próceres de bronce, de aniversarios, de demagogos y de símbolos. Esta división, cara a los cartógrafos, auspiciaba la guerra (...)

El hecho que refiero pasó en un tiempo que no podemos entender.

Otras veces trasciende las fronteras nacionales por la apuesta a una patria mayor, la de las letras o la del idioma: “Creo que moriré en castellano”, expresó alguna vez.

Por otra parte, tiene clara conciencia de una cuestión tan extendida entre los teorizadores de nuestro tiempo, como es el carácter de “invención” o “fabricación” de las tradiciones, simbolismos y rituales que suelen sostener la noción de patria, lo cual en su faz negativa

lo llevó a rechazar las “torpes imitaciones de los profesionales del patriotismo” (OC 2: 133).

Pero contra lo que éstas y otras recusaciones pudieran hacernos suponer, el tema de la patria ingresa una y otra vez, desde una vivencia positiva, en el decir de Borges. Es verdad que él ha tenido en cuenta, preferentemente, la dimensión más íntima y “privada” de la historia nacional, concebida como “cuestión de familia”, como devenir vinculado a su genealogía personal. Y se ha pronunciado también a favor de “las fechas esenciales” de la historia, aquéllas que “pueden ser (...) durante largo tiempo, secretas” (OC 2: 132) y no las marcadas en los calendarios rituales, vinculados a “las pompas y las cenizas de los aniversarios” (OC 2: 309).

Sin embargo, las odas de los años 60, aunque no eluden la dimensión de intimidad,⁴ reafirman la tradición de la “gran historia nacional” -de sus magnas fechas y acontecimientos- y, más aún, los versos mismos se proponen como un ritual patriótico, según demostraremos.

En este sentido, el poema de 1966, por ejemplo, incorpora varios motivos coincidentes con los que Shumway ha designado “nacionemas” (61), componentes infaltables en el “paradigma de la nacionalidad”: vuelve la mirada a un pasado revestido del prestigio mítico de los orígenes; ubica allí la fragua del “capital simbólico” en el que se asienta el ethos de la nación: una gesta heroica, grandes hombres, muertes y sacrificios; y esa primordialidad orienta el futuro comunitario, convirtiendo “el azar en destino”.⁵

Somos el porvenir de esos varones,
La justificación de aquellos muertos;
Nuestro deber es la gloriosa carga
Que a nuestra sombra legan esas sombras
Que debemos salvar.

⁴ Este aspecto ha sido destacado por Gloria Videla de Rivero en su análisis de las odas (103).

⁵ “La magia del nacionalismo -dice Anderson- es la conversión del azar en destino” (29).

LA DIMENSIÓN INEFABLE DE LA PATRIA

En general, cuando se trata del objeto “nación” y sobre todo de “patria” –más vinculado con la subjetividad y lo pasional- ellos presentan resistencia a los intentos de una estricta conceptualización. No sólo dan lugar a los más variados abordajes (desde distintas disciplinas y criterios) sino que aparecen investidos de una ambigüedad irreductible.

Ya Renan, uno de los más tradicionales teorizadores de la nación, advertía la problematicidad e indeterminación de su concepto; en este caso, ello se vinculaba directamente a la naturaleza de orden espiritual acordada a la nación:

Una nación es un principio espiritual, el resultado de las profundas complejidades de la historia; es una familia espiritual, no un grupo determinado por las dimensiones del territorio (...) Una nación es un alma, un principio espiritual. (18-19. Trad. nuestra)

Y entre los teorizadores más recientes, Anderson, por ejemplo, en su tan citado estudio sobre las “comunidades imaginadas”, resalta la condición abstracta, imaginaria e invisible –aunque no por ello ineficaz- de los lazos sociales de una nación.

Homi Bhabha, por su parte, acude a nociones freudianas, ya en sí mismas ambivalentes, para dar cuenta del sentimiento de la nacionalidad, balanceándolo entre lo que es conocido, amparador y familiar, y aquello que se vuelve extraño e inquietante:

(...) the *heimlich* pleasures of the hearth, the *unheimlich* terror of the space or race of the Other; the comfort of the social belonging, (...) the powers of political affiliations; the sense of social order, (...) the quality of justice, the common sense of injustice, the *langue* of the law and the *parole* of the people. (2)

Y en la misma línea podríamos ubicar a una larga lista de pensadores como Hannah Arendt, quien analiza el vaivén de la sociedad entre lo público y lo privado, o como Tom Nairn y su imagen de la nación equiparable a “un moderno Jano” (Bhabha 2).

Aún más lejos lleva estos planteos Stathis Gourouris, cuando resalta la condición de ilegibilidad de la nación (“...una nación no

puede ser leída como un texto⁶⁾ y concibe las “operaciones nacionalizantes” como la modelación de una fantasía -una *fantasiebildung*- relacionable con los atributos del soñar. La nación sería, pues, algo tan indefinible y escurridizo para la racionalidad, como un sueño.

Este breve excursus nos permitirá advertir cómo la poetización de la patria en las Odas de Borges coincide, por una parte, con una línea teorizadora (que atribuye a la nación o la patria la condición de lo ambiguo, lo onírico, en fin, lo trascendente). Pero también ellas responden al sistema conceptual y retórico del propio Borges, a sus grandes inquietudes: ¿Cómo traducir al lenguaje el aleph infinito (“El aleph”), cómo plasmar en un símbolo la experiencia metafísica vivida en un crepúsculo de arrabal (“Historia de la eternidad”) o, en definitiva, cómo dar cuenta de cada mínima porción del universo, tan compleja e insondable como el universo mismo?

Ahora bien, esta casi inefabilidad del objeto “nación” o “patria”, su pluralencia que escapa a los intentos racionalizadores, puede considerarse el núcleo sustentador de las dos odas que -como tantos textos de Borges- desafían la imposibilidad de salvar la brecha entre “las palabras y las cosas”.

No es casual que en ambos poemas la patria se vincule a la órbita divina y que los versos conclusivos -también en los dos casos- la adjetiven como “misteriosa”. De allí que por variadas estrategias cada oda, desde su singularidad, intente abordar esa dimensión de lo trascendente y numinoso.

El poema de 1960 escenifica el “apóstrofe lírico”, en un diálogo más cercano al himno que a la oda clásica, por la distancia -metafóricamente marcada- entre el yo que enuncia y un tú enaltecido y trascendente:⁷

Que yo la gota, hable contigo, el río,
Que yo, el instante, hable contigo, el tiempo,(...)

⁶ Citamos a Gourgouris a través del estudio de Carlos Demasi, el cual aporta también valiosas consideraciones sobre la nacionalidad y las estrategias de las conmemoraciones patrias, temas que nos interesarán en el presente trabajo.

⁷ Seguimos las ya tradicionales categorizaciones de Kayser: dentro de la actitud básica del “apóstrofe lírico”, la oda se desarrolla en el encuentro con un tú cercano y accesible, a diferencia del himno cuyo destinatario representa un poder superior (533-534).

El intento de vislumbrar, siquiera, ese tú desbordante, esa patria que es más que su “largo territorio” y que “los días de (su) largo tiempo” recurre a las enumeraciones acumulativas, de estirpe bíblica y whitmaniana, pero ya reconocidas como una impronta afortunada de la escritura de Borges:

Patria, yo te he sentido en los ruinosos
 Ocasos de los vastos arrabales
 Y en esa flor de cardo que el pampero
 Trae al zaguán y en la paciente lluvia (...)
 Y en la gravitación de la llanura
 Que desde lejos nuestra sangre siente
 Como el britano el mar y en los piadosos
 Símbolos y jarrones de una bóveda (...)
 Y en la bandera casi azul y blanca
 De un cuartel y en historias desganadas
 De cuchillo y de esquina y en las tardes
 Iguales que se apagan y nos dejan
 Y en la vaga memoria complacida
 De patios con esclavos que llevaban
 El nombre de sus amos(...)
 (...) y en la caída
 De las épicas lluvias de setiembre
 Que nadie olvidará, (...)

El largo enumerar rodea al objeto, “insinúa lo eterno”⁸ e inasible y a ello se resigna el decir humano, consciente de su insuficiencia y sin embargo eludiendo la tentación del silencio:⁹

(...) pero estas cosas

⁸ El mismo Borges, en “Historia de la Eternidad” expresa: “Es verosímil que en la insinuación de lo eterno (...) esté la causa del agrado especial que las enumeraciones procuran” (OC 1: 364).

⁹ Por lo general, las enumeraciones “caóticas” o “acumulativas” de Borges recubren el tópico de la indecibilidad, cuya real efectivización sería el silencio. Al respecto, puede tenerse en cuenta el estudio de Gabriela Massuh, sobre la “estética del silencio” en Borges. Y también en relación con el objeto “patria” como lo inefable, nos parece oportuno recordar a Leopoldo Marechal, a quien Gloria Videla de Rivero (110) menciona entre los antecedentes de la poesía patriótica de Borges: “La patria es un dolor que aún no tiene bautismo (...) / Por eso, nunca más / hablaré de la Patria” (*Heptamerón* 303-308).

Son apenas tus modos y tus símbolos.

En la Oda de 1966, ya no se asiste al diálogo con la patria como ser numinoso, sino al intento de su definición imposible. Esta vez la infabilidad del objeto convoca los tropos negadores de la lógica: la contradicción y la paradoja.

Si la primera serie de los versos despliega las negaciones -nuevamente por la acumulación enumerativa-

Nadie es la patria. Ni siquiera el jinete
 Que, alto en el alba de una plaza desierta,
 Rige un corcel de bronce por el tiempo, (...)
 Nadie es la patria. Ni siquiera los símbolos.

Nadie es la patria. Ni siquiera el tiempo
 Cargado de batallas, de espadas y de éxodos (...)

el centro afirmativo del poema (“La patria, amigos, es un acto perpetuo...”) prepara el enunciado paradójico insertado en lo que vendría a ser el épodo de una oda clásica:¹⁰ “Nadie es la patria pero todos lo somos”.

Otra lectura posible consistiría en reducir la paradoja, interpretando que las negaciones tienden a vaciar el lugar de los sujetos individuales, para revertirse en los versos siguientes -la antiestrofa clásica- y abrazar lo colectivo.

Esta es una operatoria muy presente en las simbolizaciones del sentimiento patrio, una de cuyas características salientes es la religación imaginaria de toda una comunidad. Un claro ejemplo sería el homenaje que se rinde a las tumbas de los Soldados Desconocidos, vigorosas representaciones colectivas, de las cuales dice Anderson: “(...) aunque estas tumbas estén vacías de restos mortales identificables o de almas inmortales, están saturadas de imagerías *nacionales fantasmales*” (26).

¹⁰ Correspondía a la oda clásica, en su modalidad coral, una estructura triádica conformada por la estrofa, la antiestrofa y el épodo, formalmente diferenciado de las otras partes.

LA POESÍA COMO RITUAL PATRIÓTICO

Otro sentido nuclear de las dos odas está relacionado también con la estructura gramatical adversativa que acabamos de analizar en función de la paradoja. Dicha estructura se reitera para advertir que la negatividad de la condición numinosa de la patria -esto es, su indeterminación e incognoscibilidad- entraña también su vigencia positiva: su poder que fija el ethos de la vida comunitaria.

(...) No sabemos
 Cómo eres (...)
 Pero por ese rostro vislumbrado
 Vivimos y morimos y anhelamos,
 Oh inseparable y misteriosa patria. ("Oda compuesta en 1960")

El yo lírico se configura como portavoz de ambos aspectos, de allí que en algunos segmentos de las odas supere el mero enunciar, para emitir una "anunciación"¹¹ referida al ser de la patria, según ya vimos, o bien exhortaciones cercanas al registro de la arenga:¹²

Arda en mi pecho y en el vuestro, incesante,
 Ese límpido fuego misterioso. ("Oda escrita en 1966")

Estas intencionalidades y ademanes discursivos, nos encaminan a considerar que las odas instauran un ritual cívico-patriótico, y que el yo se erige en su oficiante. Años después, en el poema titulado "1972", él hará expresa asunción de ese rol, equiparándolo -en momentáneo conjuero- a las acciones épicas que tan frecuentemente concitaron su nostalgia:

(...) pero la patria hoy profanada quiere
 que con mi oscura pluma de gramático,
 docta en las nimiedades académicas
 y ajena a los trabajos de la espada,

¹¹ Según Kayser (538), la "anunciación" corresponde a un discurso de índole numinosa y se diferencia por ello de la "enunciación" clara de un sentido, o de la "descripción" de una entidad concreta.

¹² Esta acción discursiva aproxima las odas a la poesía patriótica producida, dentro del ámbito hispanoamericano, en la inmediatez de la gesta independentista. Esto "parnasos fundacionales" -como los llamó Hugo Achúgar- tendían en gran medida a impulsar el surgimiento de un nuevo tiempo en nuestras sociedades.

congregue el gran rumor de la epopeya
y exija mi lugar. Lo estoy haciendo. (OC 3: 104)

Recordemos que las Odas marcan el horizonte de sus escrituras, en momentos “fuertes”: los aniversarios de un tiempo fundacional. Corresponde tener en cuenta que la publicación de la Oda de 1960 coincide con los desbordantes festejos del sesquicentenario de la Revolución de 1810. Reeditando las celebraciones del Centenario, se llevaron a cabo entre el 18 y el 25 de mayo en Buenos Aires: “desfiles, inauguraciones de monumentos, discursos, publicaciones históricas y literarias”, fueron algunas de las prácticas que -como en todo ritual patriótico- tendieron a la fijación de una memoria y a la consolidación identitaria de la nación (Cf. Demasi).¹³

Las Odas comparten con la “liturgia de la patria” el proponerse la con-memoración -en el sentido etimológico de “traer a la memoria común”- del momento originario de la Independencia, en el afán de cohesionar hombres y tiempos. Y este intento de trazar una continuidad entre pasado y futuro implica ejercer otra práctica “nacionalizante”: restaurar el “relato de la nación”, en el que se juega la cuestión de la identidad como proceso que impone deberes:

Nadie es la patria, pero todos debemos
Ser dignos del antiguo juramento
Que prestaron aquellos caballeros
De ser lo que ignoraban, argentinos,
De ser lo que serían por el hecho
De haber jurado en esa vieja casa.(...)

Ritualmente también, el imaginario poético confirma la vigencia de las figuras ya consagradas por el imaginario patrio -aunque eludiendo su individualización- y las inviste con las cualidades heroí-

¹³ Carlos Demasi estudia el sentido de las conmemoraciones patrias, en general, y especialmente la institución de los Centenarios como instancias celebratorias: “Recordemos que probablemente la primera conmemoración de un “centenario” fue el de la revolución norteamericana en 1876, seguido del de la revolución francesa trece años después; el entorno de 1910 representó la oportunidad para que los países surgidos de la caída del imperio español ingresaran al “concierto internacional de naciones”. El gobierno argentino utilizó el “Centenario de Mayo” como una oportunidad para celebrar la definitiva instauración del predominio de Buenos Aires sobre el conjunto del país”.

cas: la antigüedad originaria, el poder cohesionador y la función rectora. Entre esos “caballeros” innominados, claro está, se mueve la sombra de Laprida -Presidente del Congreso de 1816-, el único de los ancestros de Borges destacado en la historiografía y en la memoria colectiva, y al que le dedicara su inolvidable “Poema conjuntural”.¹⁴

Queda claro que el prestigio mítico acordado a la Independencia como tiempo fundacional, es el que determina la necesidad de su actualización, esa “normatividad” que el yo lírico impulsa en tensión hacia el futuro.

En fin, podemos concluir que, contraviniendo los recelos o las decepciones con los que Borges tantas veces se acercara a la idea o al sentimiento de la patria,¹⁵ las dos odas sesentistas marcan una instancia de asunción de las tradiciones patrióticas, de confianza en los legados de la historia y, sobre todo, de lo que él reconoció como “nuestro deber”: “la esperanza, la probable, la verosímil esperanza” (*Entrevista 16*).

Alicia Chibán
Consejo de Investigación
Universidad Nacional de Salta-Argentina

¹⁴ Salvo Laprida, los Borges, Suárez y Acevedo del linaje del poeta, enaltecidos en relatos y poemas, fijan su posicionamiento histórico-social, en una operación autolegitimadora de su decir. Para la historiografía, son “próceres menores”, si bien ligados a la gesta fundadora de la nacionalidad. (Cfr. Sáenz Quesada)

¹⁵ Indudablemente, hay que tener en cuenta que el vaivén entre el escepticismo y la euforia con respecto al sentido de la patria, atraviesa toda la producción borgesiana. Después de este “interregno patriótico” que ofrecen las odas, en el poema dedicado a Manuel Mujica Láinez, de 1974, el mismo tema se modula desde una retórica del rebajamiento y la pérdida: “Tu versión de la patria, con sus fastos y brillos, / entra en mi vaga sombra como si entrara el día / y la oda se burla de la Oda. (La mía / no es más que una nostalgia de ignorantes cuchillos / y de viejo coraje.) (...) / Manuel Mujica Láinez, alguna vez tuvimos / una patria -¿recuerdas?- y los dos la perdimos” (*OC 3*: 133). No es necesario insistir en los vaivenes y las contradicciones que, en el universo borgesiano, deben ser percibidas como postulaciones de la diversidad inestable y enigmática del mundo. Para dar cuenta de éste, el gran texto de todo el decir -literario o no- de Borges, pareciera proponerse cumplir con la creencia de Tlön: “Un libro que no encierra su contralibro es considerado incompleto”. (*OC 1*: 439)

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Achúgar, Hugo. "Parnasos fundacionales: letra, nación y Estado en el siglo XIX". *Revista Iberoamericana. Siglo XIX: Fundación y fronteras de la ciudadanía*. 178/179 (enero-junio 1997): 13-31.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: F.C.E., 1993, 1ª ed., 1983.
- Borges, Jorge Luis. *Obras completas*. 4 vols. Buenos Aire: Emecé, 1989-1996.
- Borges, Jorge Luis. Entrevista con María Esther Vázquez. *Revista La Nación*, 19 de agosto de 1984.
- Bhabha, Homi K. ed. *Nation and Narration*. London-New York: Routledge, 1990.
- Cobo Borda, Juan Gustavo. *De Sarmiento a Borges*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo-Embajada de la República Argentina-Fundación Santillana para Iberoamérica, 1995.
- Demasi, Carlos. "La construcción de un 'héroe máximo': José Artigas en las conmemoraciones uruguayas de 1911", presentado en el Coloquio "Héroes y antihéroes: los avatares del heroísmo en América latina". Universidad de Lille 3 -Francia, 7 de diciembre de 2001.
- Gourgouris, Stathis, "Notes on the Nation's Dream-Work.", en *Qui Parle*, 7, 1, (1993). Cit. por Demasi.
- Kayser, Wolfgang. *Interpretación y análisis de la obra literaria*. Madrid: Gredos, 1958.
- Marechal, Leopoldo. *Obras completas*. I. *La poesía*. Buenos Aires: Perfil, 1998.
- Massuh, Gabriela. *Borges, una estética del silencio*. Buenos Aires: Belgrano, 1980.
- Renan, Ernst, "¿What is a nation?", 1882. Trad y anotaciones de Martin Thom, en Homi K. Bhabha ed. *Nation and Narration*. London-New York: Routledge, 1990.
- Rock, David. *Argentina 1516-1987. Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín*. Madrid: Alianza, 1989, 1ª ed. 1985.
- Romero, José Luis. *Breve historia de la Argentina*. Buenos Aires: F.C.E., 1999, 1ª ed. 1985.
- Sáenz Quesada, María. "Borges y el pasado argentino". *El universo de Borges a ocho voces*. Buenos Aires: Secretaría de Cultura de la Nación, 1999.
- Shumway, Nicolás. "La nación hispanoamericana como proyecto racional y nostalgia mitológica: algunos ejemplos de la poesía". *Revista iberoamericana*. 178-179, (enero-junio 1997): 61-70.
- Videla de Rivero, Gloria. "La poesía patriótica de Borges". *Palabra y persona*, 3:6 (octubre 1999): 101-112.